

GUIDO DONOSO NÚÑEZ

EN TORNO A UNA UTOPIA DE  
FENELON

---

SI ADHERIMOS a los planteamientos del profesor Paul Hazard —*La crisis de la conciencia Europea*—, el período 1680-1715 representaría un momento crucial en la evolución del pensamiento Occidental, exteriorizado en una actitud de repudio a los sistemas de pensamiento precedentes y en intentos de reconstrucción o elaboración de nuevas estructuras ideológicas, estructuras que desembocan directamente en la Ilustración del siglo XVIII.

Paul Hazard se representa el movimiento del pensamiento Occidental en su fase Moderna, de la siguiente forma: primero, el Renacimiento, época de afirmación del hombre y de la razón, pasión de descubrimiento, necesidad de invención, exigencia crítica, secularización, mundaneidad. “A partir de mediados del siglo XVII aproximadamente, una detención transitoria, un paradójico equilibrio que se realiza entre elementos opuestos; una conciliación que acontece entre fuerzas enemigas; y este acierto, literalmente prodigioso: el clasicismo. Virtud de sosiego; fuerza tranquila; ejemplo de una serenidad consciente alcanzada por unos hombres que conocen las pasiones y las dudas, como todos los hombres, pero que después de las perturbaciones de la época precedente aspiran a un orden salvador”<sup>1</sup>.

La mentalidad del siglo XVII, aun siendo en el fondo renacentista —lo demuestra la filosofía cartesiana de fundamento racionalista, dominante en dicha centuria—, enmascaró los principios aportados por el renacimiento en su aspecto externo, no estructural. Así, mientras el absolutismo afirmaba su prepotencia, teóricos ilustres del pensamiento político desarrollaban la doctrina del contrato social y del

<sup>1</sup>Paul Hazard. “La crisis de la conciencia Europea”, ed. Pegaso, Madrid, 1952, pág. 418.

derecho natural. Mientras la ortodoxia parecía asegurada, el materialismo y el deísmo conquistaban prosélitos soterradamente. Corrientes submarinas preparan la tempestad, pero la superficie aparece en calma.

“Permanecer; evitar todo cambio que amenazaría destruir un equilibrio milagroso: éste es el deseo de la edad clásica”<sup>2</sup>.

El espíritu clásico —según el autor señalado— gusta de la estabilidad: quisiera ser la estabilidad misma. Después del Renacimiento y la Reforma, grandes convulsiones del espíritu europeo, ha venido la época del recogimiento, de la calma, de la serenidad. Impera la tradición y el espíritu crítico ha sido abandonado. O al menos está adormecido. El orden reina en la vida, ¿a qué intentar experiencias nuevas, que volverían a ponerlo todo en tela de juicio, a problematizarlo todo? Se tiene miedo al cambio, se huye de él para acogerse a la sombra apacible de la tradición.

Pero la pausa es corta. Respecto al clasicismo pierde fecundidad, en cuanto deja de satisfacer los espíritus y se convierte en una traba, y en cuanto hace crisis el gobierno de Luis XIV —que encarnaba con mayor rigor que ningún otro el absolutismo y la ortodoxia católica—, entonces las tendencias innovadoras, ya dispuestas, recobran su fuerza y dinamismo, e irrumpe una tremenda inquietud y efervescencia en los espíritus: es la crisis de la conciencia europea (1680-1715). Crisis tan profunda y de tal envergadura, que prepara desde los años finiseculares del XVII, todo o casi todo el siglo XVIII ilustrado.

Es en tal crisis, en tal coyuntura histórica, donde hacen eclosión las ideas sobre las cuales se va a estructurar una nueva visión del mundo. Locke y Spinoza arremeten contra el absolutismo, Bayle desarrolla un criticismo desenfrenado en el plano de la vida religiosa, Newton formula una nueva cosmología. Todo un trabajo de demolición de los esquemas ideológicos tradicionales: lucha contra el despotismo, lucha contra el dogma, lucha contra la irracionalidad. Demolición, sí, pero también reconstrucción, esfuerzo por echar las bases de un nuevo orden, esfuerzo por sustituir los valores repudiados por otros más en consonancia con la naturaleza humana y la razón, esfuerzo por elaborar una política sin derecho divino, una religión sin misterio y superstición, una moral sin dogmas. Y, junto a estas nuevas apetencias espirituales: una curiosidad sin límites por el hombre, por las sociedades humanas y los fenómenos naturales. ¿Quién ha nutrido este pensamiento antitradicionalista vertido hacia el hombre y la naturaleza? Sin lugar a dudas del Renacimiento. Entre el Renacimien-

<sup>2</sup>Ob. cit., pág. 3.

to y la Ilustración el parentesco es innegable. La misma confianza en el hombre y la razón, la misma afirmación de los valores terrenos, el mismo espíritu laico y secular, el mismo afán de crítica universal.

Entre las figuras protagónicas de la "crisis de la conciencia europea", destaca Fenelón con caracteres de excepcional relieve. Teólogo, educador, historiador, figura brillante de la literatura universal, Fenelón ha puesto su pluma al servicio de las grandes ideas que germinaban en su época. Todas las imperfecciones, tensiones e inquietudes de su tiempo, y a la vez las ansias de renovación, el anhelo de un mundo mejor, pueden rastrearse sin dificultad a través de sus obras.

Ved por ejemplo, los sentimientos de horror y abominación que despiertan en él, el absolutismo de Luis XIV.

"Vuestros pueblos, que vos deberíais amar como a vuestros hijos, y que han sido hasta aquí tan adictos a vuestra persona, mueren de hambre. El cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y los campos se despueblan; todos los oficios languidecen y no se alimentan ya sus obreros. Todo comercio está aniquilado.

"...En lugar de sacar el dinero de este pueblo, sería necesario auxiliarlo y alimentarlo. La Francia no es más que un gran hospital desolado y sin provisiones<sup>3</sup>.

"Vos no amáis más que vuestra gloria y vuestra comodidad. Pretendéis decidir en todo, como si fuérais el Dios de la tierra y que todo lo demás no hubiese sido creado más que para ser sacrificado por vos. Por el contrario, Dios os ha puesto en el mundo para servir a vuestro pueblo"<sup>4</sup>.

Como puede verse, para Fenelón el absolutismo es algo más que una concepción de gobierno: es un trastorno del orden esencial, una trasmutación de valores, una dislocación del orden y jerarquía establecidos por Dios en el universo. En otras palabras, es la usurpación por parte de la criatura humana, de prerrogativas que corresponden a la divinidad. De ahí su sentimiento de repulsión hacia los autócratas que actúan "como si fuesen el Dios de la tierra". De ahí que, nombrado preceptor del duque de Borgoña —nieto de Luis XIV, que llegaría a ser en 1711 heredero directo del soberano—, no pierda oportunidad de recordarle que los reyes han sido hechos para los pueblos, y no los pueblos para los reyes. Idea que involucra otro

<sup>3</sup>Fenelón. "Lettre à Louis XIV", cit. por Henri Sée. "Les idées politiques en France au XVII<sup>e</sup> siècle", ed.

M. Giard. Paris, 1923, pág. 213.

<sup>4</sup>Fenelón. "Lettre à Louis XIV", cit. H. Sée, ob. cit., pág. 213.

concepto esencial en el pensamiento de Fenelón: el valor del pueblo, del pueblo cuyo bien debe ser el objeto principal de las preocupaciones del monarca.

Corolario ineludible de estos conceptos, es la adhesión de Fenelón al principio —ya antiguo— de la supremacía del derecho sobre el soberano. El rey “todo lo puede sobre los pueblos; más las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto para hacer el bien, pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer el mal. Las leyes le confían el gobierno de los pueblos como el más sagrado de los depósitos, pero con la condición de que sea el padre de todos sus vasallos. Quieren que un solo hombre sirva, con su sabiduría y su moderación, a la felicidad de tantos otros y no que tantos hombres sirvan, con su miseria e infame esclavitud, para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo”<sup>5</sup>.

Hay en todas estas expresiones sobre el rey justo, el rey que gobierna en función del bien común y la concepción de la subordinación del soberano al derecho, un eco del pensamiento político medieval. Para Fenelón, el absolutismo es una innovación contraria a la tradición del pensamiento político de Occidente, una innovación revolucionaria, sin vinculaciones con el pasado, y contraria a las instituciones tradicionales. Por lo tanto, para garantizar los derechos de la comunidad contra la arbitrariedad de la monarquía, no era necesario crear un régimen nuevo; bastaba para ello con renovar prácticas cuya eficacia habían puesto en evidencia épocas pasadas:

“Vos sabéis, que antaño el rey no tomaba jamás nada de los pueblos por su sola autoridad: era el Parlamento, es decir, la asamblea de la nación, la que acordaba los fondos indispensables para las necesidades extraordinarias del Estado. Fuera de este caso, él vivía de su dominio. ¿Qué es lo que ha cambiado en todo esto, sino la autoridad absoluta que los reyes se han arrogado?”<sup>6</sup>.

En consecuencia, era necesario restaurar el sistema antiguo, es decir, el régimen monárquico temperado por la aristocracia. En sus célebres “Tables de Chaulnes”, Fenelón propone todo un sistema de asambleas —asambleas de diócesis, asambleas de estados provinciales y asamblea de los estados generales del reino— con estructura fundamentalmente aristocrática, para hacer más justo y eficiente el gobierno y administración del país por parte de la monarquía.

<sup>5</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Télémaco”, ed. Aguilar, Madrid, 1956. Lib. v, pág. 121.

<sup>6</sup>Fenelón. “Examen de conscience sur les devoirs de la royauté”, art. 111, 18; cit. H. Sée, ob. cit., pág. 219.

Es preciso no olvidar que los reyes absolutistas de Francia, en su afán de acumular en sus manos la totalidad del poder, habían prescindido de los Estados Generales. Fenelón —en la obra mencionada— propone que se reúnan cada tres años y les otorga facultades importantes que abarcan aspectos relacionados con la justicia, hacienda, guerra, paz y alianzas. La muerte prematura del duque de Borgoña —para quien fue elaborado este plan de gobierno— eliminó toda esperanza de que dichas reformas pudieran ser llevadas a la práctica; no obstante presentan un señalado interés como demostración “de que no había muerto enteramente en Francia el recuerdo de un sistema de gobierno más antiguo y constitucional”<sup>7</sup>.

Tradición de un sistema representativo, de un gobierno limitado ciertamente; pero también consideración de necesidades reales, que se harían más y más apremiantes en el curso del siglo XVIII.

“Se trata... de dar pan a los pueblos moribundos, de restablecer la agricultura y el comercio, de reformar el lujo que gangrena todas las costumbres de la nación, de recuperar la verdadera estructura del reino, y de temperar el despotismo, causa de todos nuestros males”<sup>8</sup>.

Se ve claro, entonces, que la principal reforma que predica Fenelón es la supresión del despotismo. Supresión del absolutismo; no de la monarquía; ni siquiera supresión del derecho divino de los reyes, principio que nuestro autor no discute.

“Sin autorizar la rebelión, sin negar ni celebrar el derecho divino, él busca en las instituciones un contrapeso eficaz a la arbitrariedad real; la nación debe ser dotada para su ordenación de esos “poderes intermediarios” cuya necesidad para la monarquía explicará Montesquieu”<sup>9</sup>. Necesidad de limitar la autoridad monárquica; necesidad de someter el poder soberano al imperio de la ley y el derecho; necesidad ineludible de atender el bienestar de la comunidad; de suprimir abusos, exacciones y arbitrariedades; de evitar la guerra y los males infinitos que acarrea; necesidad, en fin, de respetar los derechos humanos, de respetar la persona humana en función del eminente valor que ella representa. Por eso Fenelón insiste en condenar los atentados que cometen los agentes de la autoridad contra los individuos y en denunciar las expropiaciones arbitrarias y los impuestos abusivos establecidos no por verdadero interés del Estado, sino por las preten-

<sup>7</sup>A. J. Carlyle. “La libertad política”, ed. F. C. E. México, 1942, pág. 108.

<sup>8</sup>Fenelón. “Lettre au duc de Chevreuse”, cit. por Ély Carcassonne.

“Fenelón. L’Homme et l’oeuvre”, ed. Boivin, Paris, 1946, pág. 97.

<sup>9</sup>Carcassonne. “Fenelón. L’Homme et l’oeuvre”, ed. Boivin, Paris, 1946, pág. 98.

siones personales del rey. Por eso que Henri Sée ha podido decir: "Nadie hasta Fenelón, ha reclamado tan fuertemente el respeto a los derechos del individuo"<sup>10</sup> y Carcassonne —posiblemente el más profundo conocedor de la obra de este insigne escritor—, escribir que "las Tables de Chaulnes previenen una buena parte de las demandas de los "cuadernos" del 89"<sup>11</sup>.

Cristianismo y clasicismo, espíritu cristiano y amor a la antigüedad, solidaridad con el pueblo que sufre y a la vez espíritu jerárquico convencido de la misión rectora de la aristocracia; por otro lado percepción aguda de la realidad coetánea: tales son los elementos que conjugados explican la visión del mundo de Fenelón. Es posible hablar en la obra del egregio arzobispo de Cambrai, de una doctrina política, o de una doctrina teológica, moral o pedagógica, o aun estética; pero es imprescindible no olvidar la común inspiración —fundamentalmente cristiana y clásica— que vitaliza cada una de las parcelas señaladas. Es lo que hay que tener presente cuando se lee su obra más divulgada —"Las Aventuras de Telémaco"— de la cual queremos en esta oportunidad analizar uno de sus libros (libro x) dedicado por su autor a describir el imaginario reino de Salento.

Salento es una utopía, y a decir verdad, una de las más brillantes muestras del género utópico en todos los tiempos.

Una utopía es la descripción de un mundo imaginario, fuera de nuestro espacio o de nuestro tiempo, o en todo caso, del espacio y del tiempo histórico y geográfico. Es la descripción de un mundo constituido sobre principios diferentes de los que operan en el mundo real. El "Salento" de Fenelón es también un mundo imaginario, como lo es la "Utopía" de Moro o "La Ciudad del Sol" de Campanella, y al igual que éstas y que todas las utopías sociales, participa de las características que habitualmente se les han atribuido: uniformidad, dirigismo, colectivismo, autarquía y aislamiento, tendencia ascética, humanismo, confianza en el poder de la educación. No obstante, hay que hacer presente que los rasgos propiamente utópicos, las incongruencias con la realidad, son mucho menores en Salento que en la mayor parte de las grandes utopías. Si Croce ha dicho que "La Ciudad del Sol" de Campanella es la más utópica de todas las utopías, podría decirse que Salento es la menos utópica de todas (excepto, tal vez, la "Océana" de Harrington; si es que esta obra puede considerarse verdaderamente una utopía). Por eso Raymond Ruyer ha creído posible clasificar la utopía feneloniana en la categoría que él deno-

<sup>10</sup>H. Sée. "Les Idées Politiques en France au XVII siècle", ed. M. Giard,

Paris, 1923, pág. 215.

<sup>11</sup>Carcassonne; ob. cit., pág. 96.

mina "Proyectos de Legislación", cuya aplicación práctica no sería del todo imposible. "Fenelón —dice— piensa y habla, no solamente como pedagogo, sino como futuro primer ministro de un futuro rey. El tenía incluso, razonablemente, mucho mayores oportunidades de aplicar por sí mismo sus ideas que un Harrington o un Platón"<sup>12</sup>.

Este futuro rey es el duque de Borgoña —que llegó a ser Delfín de Francia—, y del cual Fenelón fue preceptor. La muerte prematura del duque relegó al olvido las "Tables de Chaulnes" y las generosas reformas sugeridas en el "Telémaco".

Toda utopía lleva implícita una intención. Puede ser una intención catártica: desembarazarse de la realidad en lo que ella implica de penoso y desagradable. Puede ser la exposición de una simple fabulación ingeniosa; como la Atlántida descrita por Platón en el "Critias". O tener una intención netamente constructiva; aunque el aspecto constructivo no está ausente en ninguna utopía. Puede incluso tratarse de un intento desesperado de detener la inexorable declinación de una sociedad, mediante un cambio total de su estructura, inspirado en un modelo estimado perfecto. Tal la intención que Toynbee atribuye a "La República" de Platón<sup>13</sup>. Finalmente es posible encontrar una intención crítica; rasgo presente en muchas utopías. Moro —por ejemplo— critica los males del capitalismo naciente, en la Inglaterra del siglo xvi; Campanella, las abismantes desigualdades económico-sociales de su época; Wells, el desorden del siglo xx; Huxley, el maquinismo, colectivismo y automatización de la época contemporánea. Tales críticas, en lugar de exponerlas directamente, las utopías las presentan de una manera indirecta, exhibiendo un antimundo, un mundo paralelo o deformado.

Aunque —con ciertas reservas— todas estas intenciones y características pueden aplicarse al "Salento" de Fenelón, la última es con mucho la más ostensible. La crítica feneloniana apunta directamente al despotismo —particularmente el que encarna Luis xiv—, e igualmente a algunos aspectos de la estructura económico-social de su época.

Si se lee atentamente el "Salento", veremos en él una concepción de la monarquía notable por muchos aspectos. No hay referencia alguna a instituciones destinadas a frenar la autoridad real, nada que tienda a menoscabar el poder de la monarquía; sólo se insiste en la necesidad de someter dicho poder al imperio de la ética, la justicia y el derecho. Fenelón quiere reformar los abusos; quiere sobre todo

<sup>12</sup>R. Ruyer. "L'Utopie et les Utopies", ed. P. U. F., Paris, 1950, pág. 183.

<sup>13</sup>A. Toynbee. "Estudio de la Historia", Emecé, B. Aires, vol. III, págs. 107 ss.

cambiar el espíritu de la monarquía, cambiando el espíritu del monarca. Quiere un rey preocupado del bienestar de su pueblo; un rey que sea el primer servidor de sus súbditos.

“Velad vos mismo, puesto que no sois un rey, es decir, pastor del pueblo, sino para preocuparos noche y día de vuestro rebaño”<sup>14</sup>.

Quiere un rey que sea accesible a los súbditos, que se sienta solidario con ellos, que conviva con su pueblo, que esté interiorizado en sus problemas.

“Así, pues, ¿cómo es posible llegar a gobernar bien a los hombres si no se los conoce? Y, ¿cómo se los podrá conocer si no se vive nunca con ellos?”<sup>15</sup>.

Quiere un rey que desempeñe su oficio de rey. “Convendrás conmigo —dice Mentor a Telémaco— que la ocupación de un rey debe ser la de pensar, la de formar grandes proyectos y escoger a los hombres más aptos que puedan ejecutarlos para su inspiración”<sup>16</sup>.

Un rey, en fin, que escuche la voz de la razón; como el rey Idomeo de Salento, que adopta los sabios y sensatos consejos de Mentor (transfiguración de Minerva, diosa de la sabiduría) para reestructurar sobre la base de ellos su Estado, teniendo como finalidad suprema la prosperidad y felicidad de sus súbditos. Si se reflexiona sobre este ideal de monarquía de Fenelón, debemos convenir con Raymond Ruyer que dicho ideal de gobierno recuerda muy de cerca el despotismo ilustrado del siglo XVIII. Al igual que Federico el Grande de Prusia, José II de Austria o Carlos III de España, Idomeo de Salento transforma su Estado desde arriba, sobre la base de principios racionales, teniendo en vista la prosperidad de la comunidad, el bien común, pero sin menoscabo alguno de su autoridad.

Dichas transformaciones son las que vamos a analizar brevemente.

Mentor —que en resumidas cuentas es el expositor del pensamiento de Fenelón— parte de la consideración del basamento económico del Estado, para delinear sobre él reformas estructurales. Se preocupa del comercio, de la agricultura, de la demografía. Aunque la agricultura es para él la actividad económica esencial, no desdeña el comercio y la importancia que tiene para cualquiera nación. El libro III del “Telémaco” incluye un emotivo elogio de los mercaderes de Tiro, elogio que en el pensamiento del autor bien podría dirigirse a los holandeses, cuya asombrosa actividad mercantil había llevado

<sup>14</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Telémaco”, ed. cit., lib. X, pág. 316.

<sup>15</sup>Fenelón, ob. cit., lib. XVIII, pág. 573.

<sup>16</sup>Fenelón, ob. cit., lib. XVII, pág. 543.

a su pequeña patria a un lugar de preeminencia en la Europa del siglo xvii.

El comercio en Salento es libre, pero hay “magistrados ante quienes los comerciantes rendían cuentas de sus deudas, de sus beneficios, de sus gastos y de sus proyectos”<sup>17</sup>.

Este control de las transacciones comerciales, posiblemente sea un reflejo de las prácticas mercantilistas en boga entonces en Europa. Representa, por lo demás, la expresión de un rasgo genérico a todas las utopías sociales: el dirigismo. La mayor parte de los utopistas creen faltar a todos sus deberes si dejan alguna cosa al libre juego de las fuerzas naturales, si la abandonan al dinamismo espontáneo. En todos ellos el “control social” es intenso sobre individuos e instituciones. Todo está controlado y dirigido por el Estado: importa más el interés de la comunidad que los intereses de los individuos. En la utopía de Fenelón este control estatal abarca los más variados aspectos de la vida de los salentinos: el vestuario, la alimentación, la música, el tipo de habitación, la educación.

“Que aprendan —se refiere a los niños— a ser amables para con sus amigos, fieles hacia sus aliados, equitativos para todos los hombres e incluso para sus más crueles enemigos; que teman menos a la muerte y a los tormentos que al menor reproche de su propia conciencia”<sup>18</sup>.

En Salento, donde la comunidad interesa más que el individuo, los niños “pertenecen menos a sus padres que a la república; son los hijos del pueblo, porque son su esperanza y la fuerza”<sup>19</sup>. Reminiscencia de Platón, este pensamiento introduce en la obra de Fenelón otro rasgo que es característico a las grandes utopías sociales: el colectivismo, el sacrificio del individuo frente a la omnipotencia de la comunidad.

En otro orden de cosas, el control del Estado se extiende hasta las artes y oficios; el acceso a las cuales es reglamentado. “No debe admitirse en la escuela (de pintura y escultura) sino a jóvenes de un genio que prometa mucho y que tiendan a la perfección. Los demás han nacido para artes menos nobles y serán empleados con mayor utilidad en las necesidades corrientes de la república”<sup>20</sup>.

El lujo es condenado abiertamente, en calidad de “riquezas engañosas que empobrecen”. Mentor-Fenelón “prohibió todas las mercan-

<sup>17</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Télémaco”, lib. x, pág. 301.

<sup>18</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Télémaco”, ed. cit., lib. xi, pág. 360.

<sup>19</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. xi, pág. 359.

<sup>20</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. x, pág. 307.

cías de países extranjeros que pudieran introducir allí el lujo y la molicie... Abolió todos los adornos de oro y de plata"<sup>21</sup>.

"El otro mal, casi incurable —seguía diciendo Mentor—, es el lujo, porque así como una excesiva autoridad envenena a los reyes, del mismo modo el lujo envenena a toda una nación. Se dice que este lujo sirve para alimentar a los pobres a costa de los ricos, como si los pobres no pudieran ganar su vida de una manera más útil, multiplicando los frutos de la tierra sin enervar a los ricos mediante los refinamientos de la voluptuosidad. Toda una nación se acostumbra a mirar como necesidades de la vida las cosas más superfluas, y así van naciendo cada día las nuevas necesidades que se inventan y se llega a no poder prescindir de cosas que no se conocían treinta años antes"<sup>22</sup>.

Por esta clara tendencia al ascetismo —fiel reflejo de su acendrado espíritu cristiano—, Fenelón está en contraposición con las modalidades propias de la vida de las cortes de su época, de los círculos nobiliarios y del alto clero y alta burguesía; como asimismo de una corriente coetánea de pensamiento, que tiene como representante más característico a Mandeville, el hombre que a través de su polémica "Fábula de las Abejas", sustentara la desconcertante tesis de que el "vicio privado" puede significar un "beneficio público".

En notoria oposición a esta manera de pensar, Fenelón abomina del lujo y del derroche. Es evidente que pretende con ello aumentar el bienestar medio de la población y evitar la degradación de las costumbres, particularmente en las clases dominantes. Es evidente, por otro lado, que tiene ante sus ojos el espectáculo de la miseria del pueblo francés —especialmente de la clase campesina— agobiada por los impuestos y abrumada por las cargas de la guerra. Que Fenelón sentía en lo profundo de su corazón las penurias de su pueblo; que condenaba las desigualdades abismantes en lo económico, lo demuestra ostensiblemente su preocupación por los problemas económicos y su fervorosa exaltación de la agricultura.

Fenelón era un espíritu aristocrático y jerárquico (en su imaginario reino de Salento establece una distinción de los hombres libres en siete clases sociales, las dos primeras, de las cuales son muy superiores a las demás). No obstante, sin abogar por un igualitarismo absoluto, sin pretender suprimir las distinciones de clases, sin intentar abolir la propiedad privada, como Moro o Campanella, Fenelón pro-

<sup>21</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. x, pág. 302.

<sup>22</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. xvii, pp. 536-537.

pone, sin embargo, una serie de reformas cuya sensatez es poco frecuente encontrar en obras de este género.

Por lo pronto, las que se refieren a la agricultura, actividad a la que Fenelón atribuye una importancia tan decisiva, que en cierto modo anuncia el fisiocratismo del siglo XVIII. Ello explica sus líricos elogios de la vida campesina; lo que no le impide —a renglón seguido— manifestar crudamente: “La naturaleza por sí sola sacaría de su seno fecundo todo lo indispensable para un número infinito de hombres moderados y laboriosos; pero el orgullo y la molicie de algunos de ellos es lo que coloca a tantos otros en una horrorosa pobreza”<sup>23</sup>.

Es evidente que, al escribir estas palabras, tiene en su mente Fenelón la deplorable situación del campesino y la especial estructura del agro francés de su época. Ella no puede ser más lamentable e injusta.

Conocido es el patético y sombrío texto de La Bruyère, en que nos describe esos animales con aspecto de hombre —que son efectivamente hombres— y que inclinados sobre la tierra, la remueven con obstinación incansable. Por la noche se retiran a sus guaridas, comen pan negro, agua y raíces<sup>24</sup>. Conocidos son los informes de los intendentes recopilados por el conde de Boulainvilliers en su “Etat de la France”. Así, de la generalidad de Rouen, dice: “el pueblo está reducido a un estado de miseria que da compasión, porque de 700.000 almas que tiene la generalidad, si es que aún queda este número, se puede asegurar que no hay cincuenta mil que coman suficiente pan, y que duerman en otra cosa que paja”<sup>25</sup>.

Otro testigo inapreciable —el mariscal Vauban—, refiriéndose a la región de Vezelay, dirá: “Los campesinos comen pan negro, los que ni siquiera lo tienen, raíces hervidas con harina de cebada o avena y sal...”. “Viven en una miseria extrema. Duermen sobre paja, sólo tienen los trajes que llevan, que son muy pobres, no tienen muebles... todo indica su necesidad”<sup>26</sup>.

Cuando uno piensa en la gran extensión del latifundio señorial y eclesiástico en la Francia del siglo XVII, en la falta de interés de sus dueños —usufructuarios de pensiones reales— por cultivarlos en mejor forma, y en la mísera condición del campesino, se siente tentado a pensar que el hombre que fue tan valeroso crítico del despotismo

<sup>23</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Télémaque”, ed. cit., lib. X, pág. 312.

<sup>24</sup>La Bruyère. “Les Caractères”, ed. Larousse, Paris, s. f., XI, vol. II, pág. 61.

<sup>25</sup>Boulainvilliers. “Etat de la Fran-

ce”, cit. por E. Gómez Arboleya. “Historia de la estructura y del pensamiento social”, Madrid, 1957, pág. 327.

<sup>26</sup>Vauban. “Dixme Royale”, cit. E. Gómez A., ob. cit., pág. 327.

real, pensó verdaderamente en la posible aplicación de las reformas que Mentor —el expositor de su pensamiento en la obra— introduce en el reino de Salento.

Entre ellas, nada menos que la limitación estricta de la extensión de las tierras que cada familia debía poseer, con el objeto muy definido de impedir las desigualdades de fortuna, y consecuentemente obtener una sociedad donde efectivamente imperen: la simplicidad, la moderación, la moralidad, la armonía social, la justicia social.

“Para mantener a estos pueblos en la moderación, es preciso regular desde ahora la extensión de tierra que cada familia podrá poseer. Ya sabéis —dice Mentor a Idomeneo, rey de Salento—, que hemos dividido todo vuestro pueblo en siete clases, con arreglo a las diferentes condiciones existentes. Conviene determinar que cada familia, dentro de cada clase, no puede poseer sino la extensión de tierra absolutamente necesaria para nutrir al número de personas de que se halle compuesta. Siendo inviolable esta regla, los nobles no podrán hacer adquisiciones usurpándolas a los pobres, pues cada cual tendrá las pocas que necesite, y con ello se verá obligado a cultivarlas bien”<sup>27</sup>.

Como puede verse, la limitación de la propiedad rural estimulará —según piensa el autor— un mejor cultivo de la tierra.

Otra medida dirigida a conseguir el mismo objeto, es el traslado al campo de parte de la población urbana no indispensable. “La tierra —dice Mentor contemplando una campiña desolada— no reclama aquí otra cosa sino enriquecer a sus habitantes, pero escasean éstos en proporción a la tierra. Tomemos, pues, a todos esos artesanos superfluos que hay en la ciudad, y cuyos oficios servirían únicamente para envilecer las costumbres, y hagámosles cultivar estas llanuras y estas colinas. Es verdad que resulta una desgracia que todos esos hombres, acostumbrados a labores que exigen una vida sedentaria, no se hallen preparados para este trabajo; pero hay un medio de poner remedio a ello. Consiste en distribuir entre ellos las tierras no cultivadas y llamar en su auxilio a los pueblos vecinos, que harán, bajo sus órdenes, el trabajo más rudo”<sup>28</sup>.

Una medida parecida —traslado de población urbana al campo— ha sido puesta en práctica en algunos Estados totalitarios de nuestra época, justamente para entonar una producción agrícola deficitaria.

En relación con el problema en referencia, Mentor sugiere otra reforma, para obligar a los ciudadanos a cultivar sus tierras: “Los príncipes ambiciosos y sin previsión sólo piensan en gravar con impues-

<sup>27</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Telemaco”, ed. cit., lib. x, pág. 315.

<sup>28</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. x, pág. 309.

tos a aquellos de entre sus súbditos que más se industrialian y preocupan de dar valor a sus bienes, porque dichos príncipes esperan así ser pagados con mayor facilidad; al mismo tiempo, gravan menos a los que por pereza se han hecho más miserables. Trastrocad este orden... imponed tasas, multas y, hasta si es preciso, otras penas más rigurosas a los que descuiden sus campos, como castigaríais a los soldados que abandonasen su puesto en una guerra"<sup>29</sup>.

Agrega, además, exención de algunos impuestos, y premios especiales a las familias laboriosas y prolíficas.

Una clase campesina propietaria, estable, laboriosa, y dotada de un nivel económico humanamente adecuado; tal parece ser para Fenelón el verdadero fundamento de un Estado sólido, de un Estado bien constituido, ordenado y organizado; en suma de un "Estado en forma". La historia contemporánea de Francia ha demostrado justamente que la existencia de una auténtica clase media campesina ha sido un poderoso elemento amortiguador frente a tendencias extremistas, y a la vez un efectivo elemento de estabilidad política y social.

La exaltación de la agricultura, en su eminente significación económica y social, se vincula en Fenelón a la importancia del factor población.

"El número de habitantes y la abundancia de los alimentos —dice Mentor en el *Telémaco*— constituyen la verdadera riqueza de un reino"<sup>30</sup>. Antimalthusiano de convicción, Fenelón ha vuelto a menudo sobre la idea de que el aumento de población no encierra ningún peligro y de que una población abundante es un bien desde cualquier punto que se mire. La tierra alimentará a todos, siempre que toda la tierra apta sea cultivada en forma intensiva. Jamás habrá demasiados brazos para cultivarla y defenderla. Por eso el legislador perspicaz y el estadista inteligente, estimularán el cultivo de la tierra por todos los medios a su alcance; como igualmente el incremento de la población. "Casi todos los hombres tienen inclinación a casarse, y sólo la miseria les impide hacerlo. Si no los abrumáis con impuestos, vivirán con holgura en unión de sus mujeres y de sus hijos, porque la tierra no es nunca ingrata y nutre siempre con sus frutos a cuantos la cultivan cuidadosamente; sólo niega sus bienes a quienes temen darle todos sus esfuerzos"<sup>31</sup>.

Es, por lo tanto, importante que el Estado no agobie a las clases bajas con excesivas cargas tributarias, pues ello determinará su paupe-

<sup>29</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. x, pág. 312.

*Telémaco*", ed. cit., lib. xvii, pág. 535.

<sup>31</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. x, pág.

<sup>30</sup>Fenelón. "Las Aventuras de Te-

311.

rización, con los consiguientes males que acarrea. Recordemos, por otro lado, que Fenelón ha abominado del lujo y del derroche. Si consideramos este postulado, insensiblemente se nos impone la idea de que el autor pretendía con dicha prohibición del lujo, conseguir lo que en lenguaje actual se llama un reparto más equitativo de la renta nacional, y a la vez conseguir un aumento de la población, pues el nivel de ella seguirá siempre el de los recursos disponibles. Una población numerosa se identifica en el pensamiento del autor con el poderío de los Estados; idea que coincide con uno de los planteamientos más importantes de la doctrina mercantilista en boga en su época. El poderío de un príncipe se mide “no por la extensión de sus tierras, sino por el número de los hombres que las habitan”. En el siglo XVIII, déspotas ilustrados como Federico el Grande y Catalina II, pensarán en igual forma y convertirán dicho principio en uno de los objetivos de su política.

Otro problema —considerado por el sabio legislador Mentor en sus consejos a Idomeneo de Salento— es el de la guerra, problema sobre el cual ha vuelto reiteradas veces Fenelón. En las primeras páginas del libro X, al aconsejar Mentor al rey Idomeneo no ingresar a una coalición contra el pueblo de los daunios, le dice: “A fuerza de querer parecer grande, no habíais pensado en que arruinábais así vuestra propia grandeza. Apresuraos, pues, a reparar esas faltas; suspended todas esas grandes construcciones; renunciad al fausto que arruinaría vuestra ciudad; dejad vivir en paz a vuestros pueblos; consagraos a colocarlos en la abundancia y a facilitar sus matrimonios”<sup>32</sup>.

No es difícil descubrir en el párrafo citado, una clara alusión a la política de Luis XIV. Igualmente apunta a él, y a su insensato belicismo, la siguiente admonición de Mentor en el libro IX del Telémaco: “Todo el género humano no es más que una familia dispersada sobre la faz de toda la tierra. Todos los pueblos son hermanos y deben amarse como tales. Desgraciados de aquellos impíos que buscan una gloria cruel en la sangre de sus hermanos que es su propia sangre. Es verdad que la guerra suele ser algunas veces necesaria; pero es una vergüenza del género humano que sea inevitable en ciertas ocasiones. ¡Oh reyes, no digáis que se la debe desear para conquistar la gloriola... Quien prefiera su gloria a los sentimientos de la Humanidad es un monstruo lleno de orgullo y no un hombre. Y ese no llegará, si acaso, más que a una falsa gloria, ya que la verdadera sólo se encuentra en la moderación y en la bondad”<sup>33</sup>.

<sup>32</sup>Fenelón. “Las Aventuras de Telémaco”, ed. cit., lib. X, pág. 285.

<sup>33</sup>Fenelón. Ob. cit., lib. IX, pág. 276.

Tal condenación de la guerra tenía que imponerse al cristiano espíritu de Fenelón, que ha tenido ante sus ojos el espectáculo atroz del inmisericorde saqueo de los Países Bajos y las devastaciones del Palatinado; junto a la propia miseria y sufrimiento de su pueblo, sacrificado a la megalomanía de un rey injusto y despiadado. La guerra es contraria a la caridad cristiana y a la solidaridad y fraternidad humana. Corrompe la costumbre y es nefasta para vencedores y vencidos.

“Apoderarse de un campo de un particular es un gran pecado, apoderarse de un gran país o una nación es acción inocente y gloriosa. ¿Dónde están pues las ideas de justicia? ¿La justicia, no es justicia, cuando se trata de los más grandes intereses?... Millones de hombres que componen una nación, ¿son menos hermanos que un solo hombre?”<sup>34</sup>.

Ninguna voz se alzó tan alto en ese siglo —como la de Fenelón— para condenar la política de la “razón de Estado” y su instrumento esencial: la guerra. Ninguna voz fue más categórica y enérgica, en condenar ese obrar según la “razón de Estado”, oscilando siempre entre las tinieblas y la luz, entre “Cratos” y “ethos”.

“¿No habéis llamado necesidad de Estado lo que no sirve más que para halagar vuestra ambición, como lo es una guerra para realizar conquistas y adquirir gloria? ¿No habéis llamado necesidad de Estado, lo que no son otra cosa que vuestras propias ambiciones?”<sup>35</sup>.

A juicio de Fenelón —y con ello manifiesta el alto sentido ético que informa toda su doctrina política— la guerra no puede ser legítima, más que en el caso de defensa; cuando el príncipe ha examinado severamente la justicia de su propia causa y agotado todos los medios de conciliación, incluso la restitución de territorios mal adquiridos. Es necesario recurrir a las prácticas del derecho internacional: negociaciones, alianzas, arbitraje, mediación de neutrales. Corona su reflexión sobre el tema, esbozando la idea de la sociedad de las naciones, de las naciones unidas, con asambleas periódicas; la institución que representa la más positiva esperanza de paz en nuestro caótico mundo contemporáneo.

“Celebrad —aconseja Mentor a los reyes de Hesperia— cada tres años, por lo menos, una asamblea general en la que todos los reyes que están aquí presentes asistan a ella para renovar la alianza de

<sup>34</sup>Fenelón. “Examen de Conscience sur les devoirs de la Royauté”, art. III, 26, cit. H. Sée, ob. cit., pág. 225.

<sup>35</sup>Fenelón. Ob. cit., cit. H. Sée, pág. 215.

paz mediante un nuevo juramento, para reafirmar la amistad prometida y para deliberar acerca de todos los intereses comunes"<sup>36</sup>.

Siempre, como puede verse, insistencia en la paz; requisito importante para que un pueblo pueda realizarse moral y materialmente. Siempre insistencia en el Estado ético; en el Estado sometido a derecho y justicia. Pues Fenelón piensa —como Maritain en nuestra época— que la justicia y las virtudes morales significan un principio interno de vida de las sociedades; que la justicia y la rectitud tienden por sí mismas a conservar los Estados y a lograr éxito real, mientras que la injusticia y el mal tienden por sí mismos a la destrucción de los Estados y a la larga a su fracaso real, a su auténtico y verdadero fracaso<sup>37</sup>.

He aquí a grandes rasgos el aporte ideológico de Fenelón, que hemos centralizado en el análisis de su utópica Salento. Analizando el mismo tema, Henri Sée concluye afirmando: "Esta descripción de Salento no es más que la reminiscencia muy atenuada de ciertas concepciones socialistas de la antigüedad. Es la ficción poética de un hombre de imaginación, no es una doctrina política, y el Telémaco nos revela solamente ciertas tendencias del espíritu de Fenelón"<sup>38</sup>.

Este socialismo —en el sentido en que lo entendían los antiguos, según el autor señalado— se manifestaría en el control de todos los aspectos de la vida por el Estado; en la preeminencia del interés de la comunidad frente al interés del individuo, y en la tendencia a evitar o atenuar las desigualdades económicas. Pretender, sin embargo, que Salento es meramente una "ficción poética" que revela solo "ciertas tendencias del espíritu de Fenelón", creemos que resulta un poco arriesgado. La abominación del despotismo —concretamente el de Luis XIV—; la condenación de la guerra; la necesidad imperiosa de mejorar la condición del campesino agobiado por impuestos y cargas abrumadoras; la necesidad de conceder atención preferente al cultivo de la tierra; la prohibición del lujo que carcome todas las costumbres de la sociedad; la exigencia de justicia social; el énfasis en un Estado orientado racionalmente y en función de los altos principios de la ética, la justicia y el derecho; todo esto no es simplemente ficción poética, sino convicción sincera y aguda percepción de la realidad de su época. Claro está que el autor ha presentado su pensamiento

<sup>36</sup>Fenelón. "Las Aventuras de Telémaco", ed. cit., lib. IX, pág. 277.

<sup>37</sup>Maritain. "El Alcance de la Razón", Emecé, B. Aires, 1959, pág. 245.

<sup>38</sup>Fenelón. "Las Aventuras de Te-France au XVII siècle", ed. M. Giard. Paris, 1923, pág. 231.

encubierto por el velo de un relato utópico —en que no faltan rasgos inverosímiles que pueden hacer sonreír al lector, como el color distinto de la indumentaria que deben usar las clases sociales, por ejemplo— sin embargo, no resulta difícil discernir en el fondo, la presencia viva de una dramática realidad: la del pueblo francés de fines del siglo xvii. Esta realidad es la que él mismo ha señalado claramente y sin ambages en toda una serie de obras, entre las cuales “*Les Tables de Chaulnes*”, “*Examen de conscience sur les devoirs de la royauté*”, “*Dialogues des morts*” y “*Lettre à Louis xiv*”, son los títulos más significativos. Apreciaciones similares a las vertidas en ellas, pueden rastrearse en otros autores contemporáneos, La Bruyère por ejemplo; o, ya en un plano de mayor exactitud y profundidad, en Vauban o Boulanvilliers.

Por lo demás, lo que en Salento aparece velado, distorsionado, presentado como una crítica indirecta, tiene por objeto únicamente la presentación de un antimundo, paralelo al mundo real, destinado a patentizar, a poner de manifiesto los defectos de este último. Así se obtiene mediante el contraste, un aumento de conciencia sobre la imperfecta realidad del momento. Este ejercicio mental sobre los posibles laterales de la realidad —rasgo esencial del procedimiento o modo utópico— tiende a enfatizar los defectos de una realidad que se estima fundamentalmente imperfecta. Que Fenelón ha sentido este dolor del mundo, lo demuestra otro relato utópico de su *Telémaco*. Es la arcádica y bucólica descripción de la Bética, verdadera y poética evasión de un espíritu hipersensible que anhela desembarazarse de un presente ingrato y angustioso. Es la ensoñación de un mundo ideal, de un mundo de paz y serenidad, de una feliz y eglógica edad de oro —descrita con rasgos que recuerdan la luminosa e idílica “*Arcadia*” de su contemporáneo Poussin—, y cuyo contraste con la época de ambos creadores no puede ser más notorio y conmovedor.

Fenelón, arzobispo de Cambrai, miembro por lo tanto de la élite privilegiada de Francia, ha sentido sin embargo el callado dolor, el sufrimiento y la angustia de su pueblo, y desde lo profundo de su corazón anhela para él y la humanidad entera un Salento sin vicios, sin infortunios, sin injusticia, sin miseria, sin guerra, sin corrupción, sin despotismo. Con indecible amor —con ese amor de tormento que al acendrase en el fondo de su ser lo llevara a la sublime espiritualización del quietismo místico— construye la ciudad sin defectos, la ciudad feliz que la condición humana necesita para realizarse plenamente. “Los ancianos, asombrados al ver lo que nunca se hubieran atrevido a esperar a lo largo de su larga existencia, lloraban estremecidos por un

exceso de alegría mezclada de tristeza, levantaban sus manos temblorosas al cielo..."<sup>39</sup>.

Alegría de la vida justa, sencilla, virtuosa, rica en bienes espirituales, moderada en bienes materiales; y sobre todo libre de inquietud y angustia. Alegría de sentirse miembros de una comunidad fraterna; de sentir la humanidad toda, como una indisoluble, fuerte y armoniosa solidaridad. Armonía, fraternidad, humanismo; he aquí tal vez los rasgos eminentes de la obra de Fenelón, representante egregio del pensamiento francés en un siglo particularmente fecundo en intelectos poderosos y señeros. Por eso resulta consolador e instructivo acercarse a él, en una hora como la nuestra, tan incierta y opresiva como la que vio florecer espíritu tan selecto, tan brillante y tan humano. Tan esencial y profundamente humano.

<sup>39</sup>Fenelón. "Las Aventuras de Telémaco", ed. cit., lib. x, pág. 319.